

BALBUENA SÁNCHEZ DE VELASCO, BERNARDO (1562-1627)

*LA GRADEZA DE MÉXICO*

CAPITULO I

Argumento

*De la famosa México el asiento*

Oh tú, heroica beldad, saber profundo,  
que por milagro puesta a los mortales  
en todo fuiste la última del mundo;

criada en los desiertos arenales,  
sobre que el mar del sur resaca y quiebra  
nácar lustroso y perlas orientales;

do haciendo a tu valor notoria quiebra,  
el tiempo fue tragando con su llama  
tu rico estambre y su preciosa hebra;

de un tronco ilustre generosa rama,  
sujeto digno de que el mundo sea  
columna eterna a tu renombre y fama:

oye un rato, señora, a quien desea  
aficionarte a la ciudad más rica,  
que el mundo goza en cuanto el sol rodea.

Y si mi pluma a este furor se aplica,  
y deja tu alabanza, es que se siente  
corta a tal vuelo, a tal grandeza chica.

¿Qué Atlante habrá, qué Alcides que sustente  
peso de cielo, y baste a tan gran carga,  
si tú no das la fuerza suficiente?

Dejo tu gran nobleza, que se alarga  
a nacer de principio tan incierto,  
que no es la oscura antigüedad más larga.

De Tovar y Guzmán hecho un injerto  
al Sandoval, que hoy sirve de columna  
al gran peso del mundo y su concierto.

Dejo tu discreción, con quien ninguna  
corrió parejas en el siglo nuestro,  
siendo en grandezas mil, y en saber una;

que aunque en otros sujetos lo que nuestro  
aquí por sombras, fueran resplandores  
de un nombre ilustre en el pincel más diestro,

en ti es lo menos que hay, y los menores  
rayos de claridad con que hermo seas  
la tierra, tu altivez y sus primores.

Y así se queden para solo ideas,  
no imitables de nadie, a ti ajustadas,  
sólo a ti, porque sola en todo seas.

Ahora en las regiones estrelladas  
las alas de tu altivo pensamiento  
anden cual siempre suelen remontadas;

o en más humilde y blando sentimiento  
de la fortuna culpen el agravio  
de no ajustarse a tu merecimiento;

o del mordaz el venenoso labio,  
que a nadie perdonó, también se atreva  
a mostrar en tu envidia su resabio;

doquiera que te hallare esta voz nueva,  
en cielo, en tierra, en gusto o en disgusto,  
a oírla un rato tu valor te mueva.

Que si es en todo obedecerte justo,  
esto es hacer con propiedad mi oficio,  
y conformar el mío con tu gusto.

Mándasme que te escriba algún indicio  
de que he llegado a esta ciudad famosa,  
centro de perfección, del mundo el quicio;

su asiento, su grandeza populosa,

sus cosas raras, su riqueza y trato,  
su gente ilustre, su labor pomposa.

Al fin, un perfectísimo retrato pides  
de la Grandeza Mexicana,  
ahora cueste caro, ahora barato.

Cuidado es grave y carga no liviana  
la que impones a fuerzas tan pequeñas,  
más no al deseo de servirte y gana.

Y así, en virtud del gusto con que enseñas  
el mío a hacer su ley de tu contento,  
aquestas son de México las señas.

Bañada de un templado y fresco viento,  
donde nadie creyó que hubiese mundo  
goza florido y regalado asiento.

Casi debajo el trópico fecundo,  
que reparte las flores de Amaltea  
y de perlas empreña el mar profundo,

dentro en la zona por do de sol pasea,  
y el tierno abril envuelto en rosas anda,  
sembrando olores hechos de librea;

sobre una delicada costra blanda,  
que en dos claras lagunas se sustenta,  
cercada de olas por cualquiera banda,

labrada en grande proporción y cuenta  
de torres, capiteles, ventanajes,  
su máquina soberbia se presenta.

Con bellísimos lejos y paisajes,  
salidas, recreaciones y holguras,  
huertas, granjas, molinos y boscajes,

alamedas, jardines, espesuras  
de varias plantas y de frutas bellas  
en flor, en cierne, en leche, ya maduras.

No tiene tanto numero de estrellas  
el cielo, como flores su guirnalda,  
ni más virtudes hay en él que en ellas.

De sus altos vestidos de esmeralda,  
que en rico agosto y abundantes mieses  
el bien y el mal reparten de su falda,

nacen llanos de iguales intereses,  
cuya labor y fértiles cosechas  
en uno rinden para muchos meses.

Tiene esta gran ciudad sobre agua hechas  
firmes calzadas, que a su mucha gente  
por capaces que son vienen estrechas;

que ni el caballo griego hizo puente  
tan llena de armas al troyano muro,  
ni a tantos guió Ulises el prudente;

ni cuando con su cierzo el frío Arturo  
los árboles desnuda, de agostadas hojas  
así se cubre el suelo duro,

como en estos caminos y calzadas  
en todo tiempo y todas ocasiones,  
se ven gentes cruzar amontonadas.

Recuas, carros, carretas, carretones,  
de plata, oro, riquezas, bastimentos  
cargados salen, y entran a montones.

De varia traza y varios movimientos  
varias figuras, rostros y semblantes,  
de hombres varios, de varios pensamientos;

arrieros, oficiales, contratantes,  
cachopines, soldados, mercaderes,  
galanes, caballeros, pleiteantes;

clérigos, frailes, hombres y mujeres,  
de diversa color y profesiones,  
de vario estado y varios pareceres;

diferentes en lenguas y naciones,  
en propósitos, fines y deseos,  
y aun a veces en leyes y opiniones;

y todos por atajos y rodeos

en esta gran ciudad desaparecen  
de gigantes volviéndose pigmeos.

¡Oh inmenso mar, donde por más que crecen  
las olas y avenidas de las cosas  
ni las echan de ver ni se parecen!

Cruzan sus anchas calles mil hermosas  
acequias que cual sierpes cristalinas  
dan vueltas y revueltas deleitosas,

llenas de estrechos barcos, ricas minas  
de provisión, sustento y materiales  
a sus fábricas y obras peregrinas.

Anchos caminos, puertos principales  
por tierra y agua a cuanto el gusto pide  
y pueden alcanzar deseos mortales.

Entra una flota y otra se despide,  
de regalos cargada la que viene,  
la que se va del precio que los mide:

su sordo ruido y tráfago entretiene,  
el contratar y aquel bullirse todo,  
que nadie un punto de sosiego tiene.

Por todas partes la codicia a rodo,  
que ya cuanto se trata y se practica  
es interés de un modo o de otro modo.

Éste es el sol que al mundo vivifica;  
quien lo conserva, rige y acrecienta,  
lo ampara, lo defiende y fortifica.

Por éste el duro labrador sustenta  
el áspero rigor del tiempo helado,  
y en sus trabajos y sudor se alienta;

y el fiero imitador de Marte airado  
al ronco son del atambor se mueve,  
y en limpio acero resplandece armado.

Si el industrioso mercader se atreve  
al inconstante mar, y así remedia  
de grandes sumas la menor que debe;

si el farsante recita su comedia,  
y de discreto y sabio se hace bobo,  
para de una hora hacer reír la media;

si el pastor soñoliento al fiero lobo  
sigue y persigue, y pasa un año entero  
en vela al pie de un áspero algarrobo;

si el humilde oficial sufre el severo rostro  
del torpe que a mandarle llega,  
y el suyo al gusto ajeno hace pechero;  
Si uno teje, otro cose, otro navega,  
otro descubre el mundo, otro .conquista,  
otro pone demanda, otro la niega;

si el sutil escribano papelista  
la airosa pluma con sabor voltea,  
costoso y desgraciado coronista;

si el jurista fantástico pleitea,  
si el arrogante médico os aplica  
la mano al pulso y a Galeno hojea;

si reza el ciego, si el prior predica,  
si el canónigo grave sigue el coro,  
y el sacristán de liberal se pica;

si en corvas cimbrias artesones de oro  
por las soberbias arquitraves vuelan  
con ricos lazos de inmortal tesoro;

Si la escultura y el pincel consuelan  
con sus primores los curiosos ojos,  
y en contrahacer el mundo se desvelan;

y al fin, si por industria o por antojos  
de la vida mortal, las ramas crecen  
de espinas secas y ásperos abrojos;

si unos a otros se ayudan y obedecen,  
y en esta trabazón y engarce humano  
los hombres con su mundo permanecen,

el goloso interés les da la mano,  
refuerza el gusto y acrecienta el brío,

y con el suyo lo hace todo llano.  
Quitad a este gigante el señorío  
y las leyes que ha impuesto a los mortales;  
volveréis su concierto en desvarío.

Caerse han las columnas principales  
sobre que el mundo y su grandeza estriba,  
y en confusión serán todos iguales.

Puesta esta oculta fuerza, fuente viva  
de la vida política, y aliento  
que al más tibio y helado pecho aviva,

entre otros bienes suyos dio el asiento  
a esta insigne ciudad en sierras de agua,  
y en su edificio abrió el primer cimiento.

Y así cuanto el ingenio humano fragua,  
alcanza el arte, y el deseo practica  
en ella y su laguna se desagua  
y la vuelve agradable, ilustre y rica.

## CAPITULO II

### Argumento

#### *Origen y grandeza de edificios*

Pudiera aquí con levantado estilo  
siguiendo el aire a mi veloz deseo  
a este cuento anudar un largo hilo,

un espantoso alarde, un rico empleo  
de heroicos hechos, con que el tiempo añide  
vida a la fama, al interés trofeo.

El bravo brío español que rompe y mide,  
a pesar de Neptuno y sus espantos,  
los golfos en que un mundo en dos divide,

y aquellos nobles estandartes santos,  
que con su sombra dieron luz divina  
a las tinieblas en que estaban tantos

y al mismo curso por do el sol camina,  
surcando el mal y escudriñando el cielo,  
del interés la dulce golosina

los trajo en hombros de cristal y hielo  
a ver nuevas estrellas y regiones  
a estotro rostro y paredón del suelo,

desde donde asombraron las naciones  
con increíbles proezas y hazañas  
de sus nunca vencidos escuadrones,

dando a su imperio y ley gentes extrañas  
que le obedezcan, y añadiendo al mundo  
una española isla y dos Españas.

De cuyo noble parto sin segundo  
nació esta gran ciudad como de nuevo  
en ascendiente próspero y fecundo;

y otras grandezas mil en que yo llevo  
puesta la mira en una heroica historia,  
donde pienso pagar cuanto le debo.

Allí conserve el tiempo mi memoria,  
y a mí me deje, a vueltas de la suya,  
gozar en verlo una envidiada gloria,

que sin que otra ocasión la disminuya,  
espero que mi musa en son más grave  
lo que le usurpa aquí le restituya,

y en pompa sonora y en voz suave  
lo diga todo, y los milagros cuente  
a que la brevedad echo boy la llave;

pues ya en las selvas de mi clara fuente  
en humildes llanezas pastoriles  
ocupan el lugar más eminente,

y entre las armas de aquel nuevo Aquiles,  
el gran Bernardo, honor, gloria y modelo  
de obras gallardas y ánimos gentiles,

tienen su rico engaste pelo a pelo  
con las demás grandezas españolas,

que ponen lustre al mundo, envidia al suelo.

Para allí dejo estas crecientes olas,  
que aquí me impiden el sabroso curso  
con que navego a sus bellezas solas.

Dejo también el áspero concurso,  
y obscuro origen de naciones fieras,  
que la hallaron con bárbaro discurso;

el prolijo viaje, las quimeras del principio  
del águila y la tuna que trae  
por armas hoy en sus banderas;

los varios altibajos de fortuna,  
por donde su potencia credo tanto,  
que pudo hacer de mil coronas una.

Esto es muy lejos, yo no basto a tanto;  
sólo diré de lo que soy testigo,  
digno de Homero y de la fama espanto.

Y así vuelvo a decir y otra vez digo  
que el interés, señor de las naciones,  
del trato humano el principal postigo,

como a la antigüedad dio por sus dones  
pirámides, columnas, termas, baños,  
teatros, obeliscos, panteones,

una Troya parienta de los años,  
una Roma también parienta suya,  
y una Venecia libre, y no de engaños,

porque el tiempo su honor le restituya,  
si piensa que hoy es menos poderoso,  
a México le dio que le concluya.

En otro crecimiento populoso  
y otros ocultos partos de ciudades  
podrá ser algo desto provechoso,

y Tebas, con su música y deidades,  
levantar muros y edificios rudos,  
que mas que eso acreditan las edades;

el sabio Cadmo hacer surcos desnudos,  
y allí cosecha de aceradas gentes,  
sembrando dientes y cogiendo escudos;

que México por pasos diferentes  
está en la mayor cumbre de grandeza  
que vieron los pasados y presentes.

De sus soberbias calles la realeza,  
a las del ajedrez bien comparadas,  
cuadra a cuadra, y aun cuadra pieza a pieza;

porque si al juego fuesen entabladas,  
tantos negros habría como blancos,  
sin las otras colores deslavadas.

Quién, puesta ya la mira en tantos blancos  
y los débiles pies en esta altura,  
irá sin dar descompasados trancos?

La antigua Grecia llena de escultura  
celebre sus soberbios edificios,  
y de los tirios muros la hermosura;

y a la bárbara Menfis sus egicios  
ennoblezcan de blanco mármol patio,  
precioso en pasta y rico en artificios;

y los incultos partos con voltario arco  
defiendan los que en sus regiones  
Semiramis labró de jaspe vario;

las almenas y altivos iliones  
que fabricó la industria de Neptuno,  
hagan de Frigia ricos los terrones;

y al fin refiera el mundo de uno  
en tino sus bellos edificios, mausoleos  
de mayor fama que éstos, si hay alguno;

que con los desta gran laguna solos  
hará otro más vistoso y rico alarde,  
desde la ardiente zona a los dos polos.

Toda ella en llamas de belleza se arde,  
y se va como fénix renovando;

crezcas al cielo, en siglos mil te guarde.

¡Que es ver sobre las nubes ir volando  
con bellos lazos las techumbres  
de oro de ricos templos que se van labrando!

Donde si el mundo en su mortal tesoro  
puede contrahacer sombras de cielo,  
al viva vive allí el celestial coro.

Bien que a sus cimbras el delgado suelo  
humilla poco a poco, que en el mundo  
no hay más firmeza ni menor recelo.

Cuelga el primer cimienta hasta el segundo,  
que de columnas de cristal fabrican  
las tiernas ninfas en su mar profundo;

y no por eso su altivez achican,  
que cuanto mas la tierra se los traga  
más arcos y cimborrios multiplican.

Suben las torres, cuya cumbre amaga  
a vencer de las nubes el altura,  
y que la vista en ellas se deshaga.

Las portadas cubiertas de escultura,  
obra sutil, riquísimo tesoro  
del corintio primor y su ternura;

los anchos frisos de relieves de oro  
estriados, triglifos y metopas,  
que en orden suben la obra y dan decoro;

y las columnas pérsicas, con ropas  
barbáricas cargadas de festones,  
y de acroterias pulvinadas copas;

al fin cuanto en esta arte hay de invenciones,  
primores, sutilezas, artificios,  
grandezas, altiveces, presunciones,

sin levantar las cosas de sus quicios  
lo tienen todo en proporción dispuesto  
los bellos mexicanos edificios.

Jonio, corintio, dórico compuesto,  
mosaico antiguo, áspero toscano,  
y lo que falta aquí si más hay que esto.

Oh ciudad bella, pueblo cortesano,  
primor del mundo, traza peregrina,  
grandeza ilustre, lustre soberano;

fénix de galas, de riquezas mina,  
museo de ciencias y de ingenios fuente,  
jardín de Venus, dulce golosina;

del placer madre, piélagos de gente,  
de joyas cofre, erario de tesoro,  
flor de ciudades, gloria del poniente;

de amor el centro, de las musas coro;  
de honor el reino, de virtud la esfera,  
de honrados patria, de avarientos oro;

cielo de ricos, rica primavera,  
pueblo de nobles, consistorio justo,  
grave senado, discreción entera;

templo de la beldad, alma del gusto,  
Indias del mundo, cielo de la tierra;  
todo esto es sombra tuya, oh pueblo agosto,  
y si hay más que esto, aun más en ti se encierra.

### CAPITULO III

#### Argumento

#### *Caballos, calles, trato, cumplimiento*

Del monte Osa los centauros fieros,  
que en confuso escuadrón rompen sus llanos,  
de carrera veloz y pies ligeros;

ni de la alta Acarnania los livianos  
mancebos, que primeros en el mundo  
al freno dieron industriosas manos;

ni Mesapo en la brida mar profundo,  
ni Castor, medio dios, que en ser jinete

fue ya el primero sin temer segundo;

ni los ligeros potros de Gaete,  
que al viento y a los años desafían,  
entrando en cinco y no llegando a siete;

ni los que de los aires concebían  
las lusitanas yeguas, y en su playa  
sobre las ondas de la mar corrían

ni otro ninguno, si es posible le haya  
de mayor nombre, aunque entren a porfía  
los que el gran Betis en su arena ensaya;

podrán contrahacer la gallardía,  
brío, ferocidad, coraje y gala  
de México y su gran caballería.

Que así en estas grandezas se señala:  
casas, calles, caballos, caballeros;  
que el mundo junto en ellas no le iguala.

Los caballos lozanos, bravos, fieros;  
soberbias casas, calles suntuosas;  
jinetes mil en mano y pies ligeros.

Ricos jaeces de libreas costosas  
de aljófar, perlas, oro y pedrería,  
son en sus plazas ordinarias cosas.

Pues la destreza, gala y bizarría,  
del medido jinete y su acicate,  
en seda envuelto y varia plumería,

¿qué lengua habrá o pincel que le retrate  
en aquel aire y gallardía ligera,  
que a Marte imita en un feroz combate?

Si el gran Faetón estos caballos viera  
nunca los de su padre codiciara,  
que por menos gallardos los tuviera.

Ni el bárbaro Gradasso aventurara  
por Bayarte persona, reino y vida,  
que aquí muchos mejores que él hallara.

Ni Fromino y su rienda corregida,  
ni el feroz Brilladoro y Rabicano  
del duque Astolfo, fénix de la brida;

ni al que labró Alejandro de su mano  
sepulcro insigne, ni del gran Babieca  
el invencible brío castellano;

ni el diverso hipogrifo, que en la seca  
región del aire el caracol hacía,  
en ala y pluma azul pomposa y hueca;

ni los que a Eneas le dio su suegro un día  
nietos de los del sol, ni el que el liceo  
monstruo venció, que en fuego y humo ardía,

ni otro de mayor nombre o más arreo,  
si le tiene la fama, o le tuviera,  
y el pincel le pintara del deseo,

en México al primer lugar subiera,  
aunque para alcanzarlo le ayudaran  
las espuelas del tiempo y su carrera:

que los que dellos más gallardearan,  
al huello de su plaza en brío y arte  
el cuello altivo y la cerviz bajaran.

Es su grandeza al fin en esta parte tal,  
que podemos bien decir que sea  
la gran caballeriza del dios Marte;

donde en rico jaez de oro campea  
el castaño colérico, que al aire  
vence si el acicate le espolea;

y el tostado alazán, que sin desgairé  
hecho de fuego en la color y el brío  
el freno le compasa y da donaire;

el remendado overo, húmedo y frío,  
el valiente y galán rucio rodado,  
el rosillo cubierto de rocío;

el blanco en negras moscas salpicado,  
el zaino ferocísimo y adusto,

el galán ceniciento gateado;

el negro endrino, de ánimo robusto,  
el cebruno fantástico, el picazo  
engañoso, y el bayo al freno justo,

y otros innumerables que al regazo  
de sus cristales y a su juncia verde  
esquilman y carcomen gran pedazo.

¡Oh pueblo ilustre y rico, en quien se pierde  
el deseo de más mundo, que es muy justo  
que el que éste goza de otro no se acuerde!

Tu noble juventud de honrado gusto,  
Parnaso de las musas y de Apolo,  
rico sagrario y museo augusto,

del Indo al Mauro, y de polo a polo,  
en concertar el brío de un caballo tiene  
el primer lugar y el primer solo.

Callo su altiva gallardía, y callo  
la generosidad, suerte y grandeza  
de corazón que en sus costumbres hallo.

Su cortés compostura, su nobleza,  
su trato hidalgo, su apacible modo,  
sin cortedad ni sombra de escaseza;

aquel pródigamente darlo todo,  
sin reparar en gastos excesivos,  
las perlas, oro, plata y seda a rodo;

si aqueste estilo aún vive entre los vivos,  
este delgado suelo le sustenta  
y le cría en sus ánimos altivos.

Es la ciudad más rica y opulenta,  
de más contratación y más tesoro,  
que el norte enfría, ni que el sol calienta.

La plata del Perú, de Chile el oro  
viene a parar aquí y de Terrenate  
clavo fino y canela de Tidoro.

De Camhray telas, de Quinsay rescate,  
de Sicilia coral, de Siria nardo,  
de Arabia incienso, y de Ormuz granate;

diamantes de la India, y del gallardo  
Scita balajes y esmeraldas finas,  
de Goa marfil, de Siam ébano pardo;

de España lo mejor, de Filipinas  
la nata, de Macón lo más precioso,  
de ambas Javas riquezas peregrinas;

la fina loza del Sangley medroso,  
las ricas martas de los scitios Caspes,  
del Troglodita el cínamo oloroso;

ámbar del Malabar, perlas de Idaspes,  
drogas de Egipto, de Pancaya olores,  
de Persia alfombras, y de Etolia jaspes;

de la gran China sedas de colores,  
piedra bezar de los incultos Andes,  
de Roma estampas, de Milán primores;

cuantos relojes ha inventado Flandes,  
cuantas telas Italia, y cuantos dijes  
labra Venecia en sutilezas grandes;

cuantas quimeras, briareos, giges,  
Ambers en bronce y laminas retrata,  
de mil colores, hábitos y embijes;

al fin, del mundo lo mejor, la nata  
de cuanto se conoce y se practica,  
aquí se bulle, vende y se barata.

Con todo él se confronta y comunica,  
y en un año le trata y corresponde,  
y lo que hay bueno en él goza y salpica.

Desde do nace el día hasta donde  
se acaba y muere, y desde la bocina  
del norte helado hasta do ci sur se esconde,

el bello sol, que con su luz divina  
alumbra el mundo y en un año goza

del cielo todo y cuanto en él camina,

ya en Aries, Tauro y Pólux se remoza,  
ya en Cáncer, Leo y Virgo pone casa,  
ya en Libra iguala el mundo y lo alboroza,

ya en el fiero Escorpión se encoge y tasa,  
ya el aire y viento altera en Sagitario,  
o en su septentrional esconce abrasa,

ya en Capricornio húmedo y voltario  
hiela, ventisca y nieva, y pone el frío  
sitial y asienta en Piscis y en Acuario.

Al fin, todo el tesoro, aliento, brío,  
temple, influencia, aspectos, resplandores,  
gozos, exaltaciones, señorío,

imágenes y causas superiores,  
que al mundo son para su ser y aumento  
de la milicia celestial favores,

en círculo, rodeo y movimiento  
de un año lo pasea, escala y mide,  
alegra, goza, influye y da contento.

México al mundo por igual divide,  
y como a un sol la tierra se le inclina  
y en toda ella parece que preside.

Con el Perú, el Maluco y con la China,  
el persa de nación, el scita, el moro,  
y otra si hay más remota o más vecina;

con Francia, con Italia y su tesoro,  
con Egipto, el gran Cairo y la Suría,  
la Taprovana y Quersoneso de oro,

con España, Alemania, Berbería,  
Asia, Etiopía, África, Guinea, Bretaña,  
Grecia, Flandes y Turquía;

con todos se contrata y se cartea;  
y a sus tiendas, bodegas y almacenes  
lo mejor destes mundos acarrea.

Libre del fiero Marte y sus vaivenes,  
en vida de regalo y paz dichosa,  
hecha está un cielo de mortales bienes  
ciudad ilustre, rica y populosa.

#### CAPÍTULO IV

##### Argumento

*Letras, virtudes, variedad de oficios*

¿Qué oficio tan sutil ha ejercitado  
flamenco rubio, de primores lleno,  
en templadas estufas retirado,

a quien los hielos del nevado Reno  
en la imaginación dan con su frío  
un cierto modo a obrar dispuesto y bueno,

que aquí con más templanza, aliento y brío  
no tenga fragua, golpe, estampa, lima,  
pincel, gurbia, buril, tienda o buhío?

Telares de oro, telas de obra prima,  
de varias sedas, de colores varias,  
de gran primor, gran gala y grande estima;

el oro hilado, que con las voltarias  
hebras que el aire alumbran entretienen  
mil bellas manos y horas solitarias;

listadas tocas que en el viento suelen  
volver en varios visos los cabellos,  
con que a igualarse en sutileza vienen;

ardientes hornos, donde en medio dellos  
la salamandra, si en las llamas vive,  
se goza a vueltas de sus vidrios bellos;

de hoy más Venecia en su cristal no escribe,  
Pisa en su loza, Luca en sus medallas,  
que en México igualdad nada recibe.

Sólo el furioso dios de las batallas

aquí no influye, ni la paz sabrosa  
cuelga de baluartes ni murallas.

Todos en gusto y en quietud dichosa  
siguen pasos y oficios voluntarios,  
habiendo mil para cualquiera cosa.

Alquimistas sutiles, lapidarios,  
y los que el oro hurtan a la plata  
con invenciones y artificios varios;

el pincel y escultura, que arrebató  
el alma y pensamiento por los ojos,  
y el viento, cielo, tierra y mar retrata;

adonde con bellísimos despojos  
se goza del gran Concha la agudeza  
que hace a la vista alegres trapantojos;

del celebrado Franco la viveza,  
del diestro Chaves el pincel divino,  
de hija y madre el primor, gala y destreza,

con que en ciencia y dibujo peregrino  
vencen la bella Marcia y el airoso  
pincel de la gran hija de Cratino;

y otras bellezas mil, que al milagroso  
ingenio de ambas este suelo debe  
como a su fama un inmortal coloso.

El negro azufre, que en salitre bebe  
furor de infierno con que vuela un mundo,  
si a su violencia resistir se atreve,

aunque invención salida del profundo,  
aquí también se labra y se refina  
en fortaleza y temple sin segundo;

y otra inquietud mayor do a la contina  
se forman cada día mil barajas  
en que el más cuerdo seso desatina.

De finas telas y de urdimbres bajas,  
obrajes ricos donde a toda cuenta  
se labran paños y se prensan rajás;

de abiertos moldes una y otra imprenta,  
bello artificio que el humano curso  
del mundo en inmortal vida sustenta.

Pues de su plaza el tráfago y concurso,  
lo que en ella se vende y se contrata  
¿en qué suma cabrá o en qué discurso?

Los ricos vasos de bruñida plata,  
vajillas de oro que el precioso cinto  
del cielo en sus vislumbres se retrata;

no los vio tales Dódone y Corinto,  
ni a su buril llegó el que alaba Grecia  
del famoso escultor del laberinto;

do el arte a la materia menosprecia,  
añadiendo valor fuerte y quilates  
a lo que el mundo más estima y precia.

Pues ¿quién dirá del humo los dislates,  
que envueltos suben en estruendo y brasas  
sobre el ligero viento y sus embates?

Adonde en fragua ardiente y yunques  
rasas de hierro duro y derretido  
bronce doman y ablandan encendidas masas,

y el Cíclope parece se desgonce  
al sacudir los brazos, atronando  
de un Etna nuevo el cavernoso esconce.

Unos labran de lima, otros forjando  
lo que el buril después talla y releva  
lanzan rayos de sí de cuando en cuando.

Aquél dora un brazal, éste una greba,  
uno pavona, bruñe, otro barniza,  
otro graba un cañón, otro le prueba.

Vuela el rumor centellas y ceniza  
sobre las nubes, y en estruendo horrible  
el dios del fuego la guedeja eriza;

y entre este resonante aire movible

no falta sutil Jima que reduce  
el duro acero a término invisible,

y en finas puntas aceradas luce  
de sutiles agujas que el desnudo  
aljófara hacen que por ellas cruce.

Al fin, no hay tan estrecho o tan menudo  
oficio de primor y sutileza,  
de fuerzas grandes, o de ingenio agudo,

que a esta ilustre ciudad y su grandeza  
no sirva de interés o de regalo,  
de adorno, utilidad, gracia o belleza.

¿Quién jamás supo aquí de día malo,  
teniendo qué gastar? ¿Quién con dineros  
halló a su gusto estorbo ni intervalo?

La pobreza doquiera es vieja en cueros,  
abominable, congojosa y fiera,  
de mala cara y de peores fueros;

y aunque es bueno ser rico dondequiera,  
lugares hay tan pobres y mendigos  
que en ellos serlo o no es de una manera;

tierras cortas, enjambres de testigos,  
envidiosos, censores y jueces,  
sin poder recusar los enemigos,

del mundo horrura, de su hez las heces;  
que allí son algo donde está la nada,  
por ser hechura suya las más veces;

gente mendiga, triste, arrinconada,  
que como indigna de gozar el mundo  
está del y sus bienes desterrada;

ser primero en el campo o ser segundo,  
tener bienes sin orden de gozillos,  
misterio es celestial, alto y profundo.

En el campo están ricos los caballos,  
allí tienen su pasto y lozanía,  
darles otro lugar es violentallos.

No hay jaez de tan rica pedrería,  
ni corte tan soberbia y populosa  
que no les sea sin él melancolía;

gente hay en los cortijos generosa,  
y en los montes no todas son enemas,  
que aquí brota un jazmín, allí una rosa;

pero son influencias peregrinas,  
milagros y portentos de Natura  
nacer de las retamas clavellinas.

Es un acaso, un raro, una aventura,  
un monstruo, un tornasol de mil maneras  
donde la vista apenas se asegura;

lo general es ser todo quimeras,  
al cielo gracias que me veo cercado  
de hombres y no de brutos, bestias fieras.

¡Que es ver un noble ánimo encubado  
sin culpa entre contrarios animales,  
de uno herido, de otro mordiscado!

Adonde el bien y el mal todos son males;  
que al agua de ordinario se le pega,  
por do pasa, el sabor de las canales.

Pueblos chicos y cortos todo es brega,  
chisme, murmuración, conseja, cuento,  
mentira, envidia y lo que aquí se llega.

Allá goce su plata el avariento si el cielo  
se la dio, a poder de ayunos,  
y ponga en adorarla su contento;

ahóguese en cuidados importunos,  
con que a todos a risa nos provoque,  
sin fiar ni fiarse de ningunos;

guarde el dinero, mire no se apoque,  
pues con ese gravamen se le dieron,  
que aunque de hambre muera no le toque;

que aun los que de tal mal libres salieron,

si obligados quedaron al segundo,  
que es morir en las tierras do nacieron,

navegan de desdicha un mar profundo:  
porque vivir en tierras miserables  
son galeras de Dios en este mundo.

Parézanles sus aires saludables,  
ameno el sitio, la quietud a cuento,  
buena el agua, las frutas agradables;

que yo en México estoy a mi contento,  
adonde si hay salud en cuerpo y alma,  
ninguna cosa falta al pensamiento.

Ríndase el mundo, ofrézcale la palma,  
confiese que es la flor de las ciudades,  
golfo de bienes y de males calma.

Pida el deseo, forme variedades  
de antojo el gusto, el apetito humano  
sueñe goloso y pinte novedades,

que aunque pida el invierno en el verano,  
y el verano y sus flores en invierno,  
hallará aquí quien se las dé a la mano.

Si quiere recreación, si gusto tierno  
de entendimiento, ciencia y letras graves,  
trato divino, don del cielo eterno;

si en espíritu heroico a las suaves  
musas se aplica, y con estilo agudo  
de sus tesoros les ganzúa las llaves;

si desea vivir y no ser mudo,  
tratar con sabios que es tratar con gentes,  
fuera del campo torpe y pueblo rudo;

aquí hallará más hombres eminentes  
en toda ciencia y todas facultades,  
que arenas lleva el Gange en sus corrientes;

monstruos en perfección de habilidades,  
y en las letras humanas y divinas  
eternos rastreadores de verdades.

Préciense las escuelas salmantinas,  
las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas  
de sus letras y ciencias peregrinas;

préciense de tener las aulas llenas  
de más borlas, que bien será posible,  
mas no en letras mejores ni tan buenas;

que cuanto llega a ser inteligible,  
cuanto un entendimiento humano encierra,  
y con su luz se puede hacer visible,

los gallardos ingenios desta tierra  
lo alcanzan, utilizan y perciben  
en dulce paz, o en amigable guerra.

Pues si aman devoción los que aquí viven,  
y en sólo granjear bienes de cielo  
estriban, como es bien que sólo estriben;

¿qué pueblo, qué ciudad sustenta el suelo  
tan llena de divinas ocasiones,  
trato de Dios y religioso celo,

de misas, indulgencias, estaciones,  
velaciones, plegarias, romerías,  
pláticas, conferencias y sermones?

Tanto convento, tantas obras pías,  
tantas iglesias, tantos confesores  
jubileos, hermandades, cofradías;

religiosos, gravísimos doctores,  
sacerdotes honestos, ejemplares,  
monjas llenas de Dios y sus favores;

hombres raros, sujetos singulares  
en ciencia, santidad, ejemplo y vida,  
a cuentos, a montones, a millares;

virtud profunda, santidad cumplida,  
obras heroicas, trato soberano,  
almas devotas, gente corregida;

limosnas grandes, corazón cristiano,

caridad viva, devoción perfecta,  
celo de Dios, favores de su mano;

ejemplos de virtud, vida quieta,  
ayunos santos, ásperos rigores,  
públicos bienes, oración secreta;

conciencias limpias, pechos sin rencores,  
nobles costumbres, religiones santas  
de ciencia grave, y graves profesores;

honrado estilo, generosas plantas,  
fe celestial, recogimiento honesto,  
pureza singular, y en suma cuantas

virtudes en el mundo el cielo ha puesto,  
si con cuidado mira su librea,  
aquí las hallará quien trata desto,  
y más que esto si más y más desea.

## CAPITULO V

### Argumento

#### *Regalos, ocasiones de contento*

La fresca yedra, que en el tronco y falda  
del olmo antiguo en mil engarces sube  
sus bellos enrejados de esmeralda,

y con una agradable y fresca nube  
hace verano y sombra por su parte  
al sitio ameno donde ayer estuve,

por más belleza que le añada el arte,  
si le faltan los varios ramos bellos  
en que se enreda, cruza y se reparte,

caerá su verde lozanía con ellos,  
o será cobertor de un seco tronco,  
sin fruto asida en él por los cabellos.

¿Qué mucho que hable con lenguaje ronco  
quien tantos años arrimado estuvo  
al solitario pie de un roble bronco?

Donde si un bien mil males entretuvo,  
fue a costa de otras sinrazones,  
que en mis azares y desgracias hubo.

Donde hay envidias, todas son pasiones;  
gracias al cielo, gracias que ya vivo  
sin asombros ni sombras de invenciones,

aquí do el mundo en maridaje altivo  
a la yedra y laurel teje y enrama  
la casta palma y el amable olivo,

y al tiempo de cruzar de rama en rama  
varios lazos de varias ocasiones,  
cada cual sigue aquella que más ama.

Si letras, santidad; si perfecciones,  
honesto vida, recogido trato,  
espíritu, abstinencia y devociones;

del cielo halla aquí un vivo retrato,  
y ocasión para ser el que desea,  
y crecer en virtudes cada rato.

Mas si otra rama o ramo se rodea,  
y desta perfección deja el camino,  
por más difícil, aunque no lo sea;

si por lo humano trueca lo divino,  
y del tropel del mundo y su creciente  
a seguir el soberbio curso vino,

pidá, sueñe, imagine, trace, intente,  
vea en qué rama gusta de enredarse,  
que a todas partes hallará corriente.

Recreaciones de gusto en que ocuparse,  
de fiestas y regalos mil maneras  
para engañar cuidados y engañarse;

conversaciones, juegos, burlas, veras,  
convites, golosinas infinitas,  
huertas, jardines, cazas, bosques, fieras:

aparatos, grandezas exquisitas,

juntas, saraos, conciertos agradables,  
músicas, pasatiempos y visitas;

regocijos, holguras saludables,  
carreras, rúas, bizarrías, paseos,  
amigos en el gusto y trato afables;

galas, libreas, broches, camafeos,  
jaeces, telas, sedas y brocados  
pinte el antojo, pidan sus deseos.

Escarches, bordaduras, antorchados,  
joyas, joyeros, perlas, pedrería,  
aljófar, oro, plata, recamados;

fiesta y comedias nuevas cada día,  
de varios entremeses y primores  
gusto, entretenimiento y alegría;

usos nuevos, antojos de señores,  
de mujeres tocados y quimeras,  
de maridos carcomas y dolores;

volantes, carzahanes, primaveras,  
y para autoridad y señorío  
coches, carrozas, sillas y literas.

Pues ¿qué diré de la hermosura y brío,  
gracia, donaire, discreción y aseo,  
altivez, compostura y atavío

de las damas deste alto coliseo,  
nata del mundo, flor de la belleza,  
cumplida perfección, sin del deseo,

su afable trato, su real grandeza,  
su grave honestidad, su compostura,  
templada con suave y gran llaneza?

Lo menos de su ser es la hermosura,  
pudiendo Venus mendigarla dellas  
en gracia, en talle, en rostro, en apostura.

Cuantas rosas abril, el cielo estrellas,  
Chipre azucenas, el verano flores,  
aquí se crían y gozan damas bellas.

Estos son de sus bienes los mayores,  
y ellas en discreción y cortesía  
el esmero del mundo y sus primores.

La India marfil, la Arabia olores cría,  
hierro Vizcaya, las Dalmacias oro,  
plata el Pirú, el Maluco especiería,

seda el Japón, el mar del Sur tesoro  
de ricas perlas, nácares la China,  
púrpura Tiro, y dátiles el moro.

México hermosura peregrina,  
y altísimos ingenios de gran vuelo,  
por fuerza de astros o virtud divina;

al fin, si es la beldad parte de cielo,  
México puede ser cielo del mundo,  
pues cría la mayor que goza el suelo.

¡Oh ciudad rica, pueblo sin segundo,  
más lleno de tesoros y bellezas  
que de peces y arena el mar profundo!

¿Quién podrá dar guarismo a tus riquezas,  
número a tus famosos mercaderes,  
de más verdad y fe que sutilezas?

¿Quién de tus ricas flotas los haberes,  
de que entran llenas y se van cargadas,  
dirá, si tú la suma dellas eres?

En ti están sus grandezas abreviadas:  
tú las basteces de oro y plata fina;  
y ellas a ti de cosas más preciadas.

En ti se junta España con la China,  
Italia con Japón, y finalmente  
un mundo entero en trato y disciplina.

En ti de los tesoros del Poniente  
se goza lo mejor; en ti la nata  
de cuanto entre su luz cría el Oriente.

Aquí es lo menos que hay que ver la plata,

siendo increíble en esto su riqueza,  
y la cosa que en ella hay más barata.

Que a do está la beldad y gentileza  
de sus honestas y bizarras damas,  
y de sus ciudadanos la nobleza,

de mil colosos digna y de mil famas,  
tratar de causa menos generosa  
es olvidar la fruta por las ramas.

Pues al que en paladar y alma golosa  
del glotón Epicuro cursa y sigue  
la infame secta y cátedra asquerosa;

si su estómago y vientre le persigue,  
y dél hace su dios grosero y basto,  
que a sacrificios sin cesar le obligue,

pidas su antojo, y no escatime el gasto,  
que en sus hermosas y abundantes plazas  
verá sainetes que ofrecerle abasto.

Mil apetitos, diferentes trazas  
de aves, pescados, carnes, salsas, frutas,  
linajes varios de sabrosas cazas.

La verde pera, la cermeña enjuta,  
las uvas dulces de color de grana,  
y su licor que es néctar y cicuta;

el membrillo oloroso, la manzana  
arrebolada y el durazno tierno,  
la incierta nuez, la frágil avellana;

la granada, vecina del invierno,  
coronada por reina del verano,  
símbolo del amor y su gobierno;

al fin, cuanto al sabor y gusto humano  
abril promete y mayo fructifica,  
goza en estos jardines su hortelano.

Sin otra mina de conservas rica,  
almíbares, alcorzas, mazapanes,  
metal que al labio con sabor se aplica.

Cetrería de neblís y gavilanes,  
al antojo y sabor del pensamiento,  
liebres, conejos, tórtolas, faisanes,

sin tomar puntas ni escalar el viento,  
a pie quedo se toman en su plaza,  
que es la mejor del reino del contento.

Trague el goloso, colme bien la taza,  
y el regalón con ámbar y juguetes  
la prisión llene que su cuello enlaza,

que a ninguno manjares ni sainetes  
faltarán, si los quiere; ni al olfato  
aguas de olor, pastillas y pebetes.

Sin otros gustos de diverso trato,  
que yo alcanzo y sé sino de oídas,  
y así los dejo al velo del recato.

Músicas, bailes, danzas, acogidas  
de agridulce placer, tiernos disgustos,  
golosina sabrosa de las vidas;

fiestas, regalos, pasatiempos, gustos,  
contento, recreación, gozo, alegría,  
sosiego, paz, quietud de ánimos justos,

hermosura, altiveces, gallardía,  
nobleza, discreción, primor aseo,  
virtud, lealtad, riquezas, hidalguía,

y cuanto la codicia y el deseo  
añadir pueden y alcanzar el arte,  
aquí se hallará, y aquí lo veo,  
y aquí como en su esfera tienen parte.

## CAPITULO VI

### Argumento

*Primavera inmortal y sus indicios*

Los claros rayos de Faetonte altivo  
sobre el oro de Colcos resplandecen,  
que al mundo helado y muerto vuelven vivo.

Brota el jazmín, las plantas reverdecen,  
y con la bella Flora y su guirnalda  
los montes se coronan y enriquecen.

Siembra Amaltea las rosas de su falda,  
el aire fresco amores y alegría,  
los collados jacintos y esmeralda.

Todo huele a verano, todo envía  
suave respiración, y está compuesto  
del ámbar nuevo que en sus flores cría.

Y aunque lo general del mundo es esto,  
en este paraíso mexicano  
su asiento y corte la frescura ha puesto.

Aquí, señora, el cielo de su mano  
parece que escogió huertos pensiles,  
y quiso él mismo ser el hortelano.

Todo el año es aquí mayos y abrilés,  
temple agradable, frío comedido,  
cielo sereno y claro, aires sutiles.

Entre el monte Osa y un collado  
erguido del altísimo Olimpo, se dilata  
cierto valle fresquísimo y florido,

donde Peneo, con su hija ingrata,  
más su hermosura aumentan y enriquecen  
con hojas de laurel y ondas de plata.

Aquí las olorosas juncias crecen  
al son de blancos cisnes, que en remansos  
de frío cristal las alas humedecen.

Aquí entre yerba, flor, sombra y descansos,  
las tembladoras olas entapizan  
sombrías cuevas a los vientos mansos.

Las espumas de aljófares se erizan  
sobre los granos de oro y el arena

en que sus olas hacen y deslizan.

En blancas conchas la corriente suena,  
y allí entre el sauce, el álamo y carrizo  
de uvas verdes se engarza una melena.

Aquí retoza el gamo, allí el erizo  
de madroños y púrpura cargado  
bastante prueba de su industria hizo.

Aquí suena un faisán, allí enredado  
el ruiseñor en un copado aliso  
el aire deja en suavidad bañado.

Al fin, aqueste humano paraíso,  
tan celebrado en la elocuencia griega,  
con menos causa que primor y aviso,

es el valle de Tempe, en cuya vega  
se cree que sin morir nació el verano,  
y que otro ni le iguala ni le llega.

Bellísimo sin duda es este llano,  
y aunque lo es mucho, es cifra, es suma, es tilde,  
del florido contorno mexicano.

Ya esa fama de hoy más se borre y tilde,  
que comparada a esta inmortal frescura,  
su grandeza será grandeza humilde.

Aquí entre sierpes de cristal segura  
la primavera sus tesoros goza,  
sin que el tiempo le borre la hermosura.

Entre sus faldas el placer retoza,  
y en las corrientes de los hielos claros,  
que de espejos le sirven se remoza.

Florece aquí el laurel, sombra y reparos  
del celestial rigor, grave corona  
de doctas sienas y poetas raros;

y el presuroso almendro, que pregona  
las nuevas del verano, y por traerlas  
sus flores pone a riesgo y su persona;

el pino altivo reventando perlas  
de transparente goma, y de las parras  
frescas uvas y el gusto de cogerlas.

Al olor del jazmín ninfas bizarras,  
y a la haya y el olmo entretejida  
la amable yedra con vistosas garras.

El sangriento moral, triste acogida  
de conciertos de amor, el sauce umbroso,  
y la palma oriental nunca vencida;

el funesto ciprés, adorno hermoso  
de los jardines, el derecho abeto,  
sustento contra el mar tempestuoso

el liso boj, pesado, duro y neto,  
el taray junto al agua cristalina,  
el roble bronco, el álamo perfecto;

con yertos ramos la nudosa enema,  
el madroño con púrpura y corales,  
el cedro alto que al cielo se avecina;

el nogal pardo, y ásperos servales,  
y el que ciñe de Alcides ambas sienas  
manchado de los humos infernales;

el azahar nevado, que en rehenes  
el verano nos da de su agriduce,  
tibia esperanza de dudosos bienes;

entre amapolas rojas se trasluce  
corno granos de aljófara en la arena,  
por el limpio cristal del agua dulce;

la rosa a medio abrir de perlas llena,  
el clavel fresco en carmesí bañado,  
verde albahaca, sándalo y verbena;

el trébol amoroso y delicado,  
la clicie o girasol siempre inquieta,  
el jazmín tierno, el alhelí morado;

el lirio azul, la cárdena violeta,  
alegre toronjil, tomillo agudo,

murta, fresco arrayán, blanca mosqueta;

romero en flor, que es la mejor que pudo  
dar el campo en sus yerbas y sus flores,  
cantuesos rojos y mastranzo rudo;

fresca retama hortense, dando olores  
de ámbar a los jardines, con las castas  
clavellinas manchadas de colores;

verdes helechos, manzanillas bastas,  
junquillos amorosos, blando heno,  
prados floridos, olorosas pastas;

el mastuerzo mordaz de enredos lleno,  
con campanillas de oro salpicado,  
común frescura en este sitio ameno;

y la blanca azucena, que olvidado  
de industria se me había, entre tus sienas  
de donde toma su color prestado;

jacintos y narcisos, que en rehenes  
de tu venida a sus vergeles dieron  
como esperanzas de floridos bienes;

alegres flores, que otro tiempo fueron  
reyes del mundo, ninfas y pastores,  
y en flor quedaron porque en flor se fueron;

ayes de hermosísimos colores,  
de vario canto y varia plumería,  
calandrias, papagayos, ruiseñores,

que en sonora y suavísima armonía,  
con el romper del agua y de los vientos,  
templan la no aprendida melodía;

y en los fríos estanques con cimientos  
de claros vidrios las nereidas tejen  
bellos lazos, lascivos movimientos.

Unas en verde juncia se entretajan,  
otras por los cristales que relumbran  
vistosas vueltas tejen y destejen.

Las claras olas que en contorno alumbran,  
como espejos quebrados alteradas,  
con tembladores rayos nos deslumbran,

y con la blanca espuma aljofaradas  
muestran por transparentes vidrieras  
las bellas ninfas de marfil labradas.

Juegan, retozan, saltan placenteras  
sobre el blando cristal que se desliza  
de mil trazas, posturas y maneras.

Una a golpes el agua crespa eriza,  
otra con sesgo aliento se resbala,  
otra cruza, otra vuelve, otra se enriza.

Otra, cuya beldad nadie la iguala,  
con guirnaldas de flores y oro a vueltas  
hace corros y alardes de su gala.

Esta hermosura, estas beldades sueltas  
aquí se hallan y gozan todo el año  
sin miedos, sobresaltos ni revueltas,

en un real jardín, que sin engaño  
a los de Chipre vence en hermosura,  
y al mundo en temple ameno y sitio extraño;

sombrío bosque, selva de frescura,  
en quien de abril y mayo los pinceles  
con flores pintan su inmortal verdura.

Al fin, ninfas, jardines y vergeles,  
cristales, palmas, yedra, olmos, nogales,  
almendros, pinos, álamos, laureles,

hayas, parras, ciprés, cedros, morales,  
abeto, boj, taray, robles, encinas,  
vides, madroños, nísperos, servales,

azahar, amapolas, clavellinas,  
rosas, claveles, lirios, azucenas,  
romeros, alhelíes, mosqueta, endrinas,

sándalos, trébol, toronjil, verbenas,  
jazmines, girasol, murta, retama,

arrayán, manzanillas de oro llenas,  
tomillo, heno, rnastruerzo que se enrama,  
albahacas, junquillos y helechos,  
y cuantas flores más abril derrama,  
aquí con mil bellezas y provechos  
las dio todas la mano soberana.  
Este es su sitio, y éstos sus barbechos,  
y ésta la primavera mexicana.

## CAPITULO VII

Argumento

*Gobierno ilustrre*

Deste bello jardín, a quien el cielo  
por mostrar sus grandezas se dispuso  
a darle sitio en lo mejor del suelo,

y los ricos tesoros que en él puso,  
ésta es la flor, y aunque es de maravilla,  
de otras mayores le adornó y compuso.

Dejo su gran lealtad, su fe sencilla,  
su imperial nombre, el ser y el haber sido  
del mundo nuevo la primera silla;

sus calles, sus caballos, su ruido,  
sus ingenios, sus damas, su belleza,  
sus letras, su virtud, su abril florido,

primores, joyas, galas y riqueza:  
en todo es grande, y aunque grande en todo  
hoy goza y tiene otra mayor grandeza.

No el ver la plata, el oro y seda a rodo,  
ni ci océano inmenso, que cargado  
de flotas da tributos a su modo,

ni el tener todo ci orbe encadenado,  
ni las curiosidades que le envía

ci chino ardiente y el flamenco helado;

que esa grandeza aquí o allí se cría:  
mas la que hoy la gobierna es sola una,  
desde do nace a do se esconde el día.

Es un príncipe heroico, a quien fortuna,  
Si usara de razón, hiciera dueño  
de cuanto abraza el cerco de la luna,

y fuera a su valor cetro pequeño;  
que a tan alto caudal el que ahí se muestra  
es mundo estrecho y majestad de sueño;

y así hubo de quedar corta su diestra,  
y él agraviado con un nuevo mundo,  
haciendo toda la ganancia nuestra.

Este es desta ciudad el sin segundo  
bien de que goza, ésta es la grandeza  
que la hará insigne y célebre en el mundo;

de España lo mejor en la nobleza,  
de Acevedo y de Zúñiga la gloria,  
de valor y virtud toda la alteza;

del gran Mendoza de feliz memoria  
la grave majestad y ánimo altivo,  
de imperio digno y de inmortal historia;

y de los dos Velascos muerto y vivo  
el dulce trato, discreción y seso,  
prudencia afable, entendimiento vivo;

la amorosa llaneza de gran peso  
del primero marques, y del segundo  
juicio agudo, memoria con exceso;

de don Martín Enríquez ci profundo  
saber, del de Coruña la templanza,  
del arzobispo la igualdad del mundo;

al fin, donde lo más precioso alcanza  
de aquestos ocho príncipes, cimiento  
desta gran tierra y cielos de bonanza,

majestad grave, altivo pensamiento,  
trato suave, discreción, memoria,  
saber, prudencia, seso, entendimiento,

amorosa llaneza, gusto y gloria,  
templanza, rectitud, viva agudeza,  
y lo que pide otra mayor historia,

con ventajas y excesos de fineza  
en ci principe ilustre resplandece,  
que hoy rige esta ciudad y su nobieza.

Ella le ama, le adora y obedece,  
y no es mucho, que ci mundo lo hiciera,  
si le pudiera dar lo que merece.

Al fin, señora, aquesta es la primera  
silla desta ciudad, y el principado  
con voz de rey y majestad entera;

a quien sigue un gravísimo senado,  
de autoridad, prudencia y letras lleno,  
de lo mejor del mundo acrisolado;

una audiencia real, espuela y freno  
de la virtud y el vicio, claustro santo,  
si es santo lo que sumamente es bueno;

cuatro alcaldes de corte, horror y llanto  
de ánimos inquietos, cuya espada defiende,  
corta, quita, y pone espanto;

sin otra grande suma señalada  
de legales ministros inferiores,  
y en bondad no a la más acreditada.

Fiscales, secretarios, relatores,  
abogados, alcaldes, alguaciles,  
porteros, canciller, procuradores,

almotacenes, otro tiempo ediles,  
receptores, intérpretes, notarios  
y otros de menos cuenta y más serviles.

Dejo la infinidad de extraordinarios,  
que a éstos se llegan, y al dosel supremo

sirven y asisten en oficios varios.

Dejo el gran consulado, cuyo extremo  
de valor, gravedad, peso y justicia,  
agraviarlo, quedando corto, temo;

donde a pesar del tiempo y su malicia  
se aclaran mil enredos, que al decoro  
del mundo inventa y teje la codicia.

Dejo la caja del real tesoro,  
donde sus llaves guardan más riqueza  
de fe y lealtad, que no de plata y oro;

y la casa enemiga de pobreza,  
que acuña las medallas y blasones  
que el mundo adora y pone en su cabeza.

Dejo en silencio, paso entre renglones  
la suma de escribientes y escribanos  
que de su plaza ocupan los rincones;

su gran legalidad, plumas y manos  
llenas de fe, con otro gran concurso  
de honrados pretensores cortesanos.

Aquesto es largo y breve mi discurso;  
y su ilustre cabildo y regimiento  
pide un Virgilio en eminencia y curso;

y no es posible en tan medido asiento  
asentar Un valor tan sin medida  
menos que en estrechez y encogimiento.

Quédese a otra ocasión más extendida,  
do ya me siento celebrar sus loores  
en voz más grave y pompa más debida;

y en versos de inmortales resplandores  
las grandezas oirán, que ahora callo,  
sus insignes y graves regidores;

su gran corregidor, que comparallo  
en majestad a sus alcaldes quiero,  
por la exageración mayor que hallo.

Al fin, éste es el uno y otro fuero  
del gobierno seglar, que ser podía,  
como es de una ciudad, de un mundo entero.

Estos son en su imperio y monarquía  
los polos, las columnas, los puntales  
de su paz, su concierto y policía;

sin otros dos supremos tribunales,  
cuya jurisdicción siendo de cielo,  
pasa y excede límites mortales;

ambos de un mismo norte y paralelo,  
y que siguen por medios diferentes  
un mismo fin y un religioso celo.

Un arzobispo, lumbré de las gentes,  
cuyo gran nombre de esperanzas lleno  
promete al mundo siglos excelentes;

danos cielo, Señor, manso y sereno,  
mar apacible, aires de bonanza;  
no usurpen nuestros males tanto bueno;

llegue a dichoso colmo esta esperanza,  
en que sola tu gloria se pretende  
y la nuestra mortal toda se alcanza;

y este sol, cuya luz tanto se extiende,  
deje su oriente y venga a nuestro ocaso  
adonde alumbre lo que ahora enciende.

Volverá el siglo de oro al mismo paso  
de su venida, y en virtud y ciencia  
su Apolo gozará nuestro Parnaso;

que solo le faltaba de excelencia  
una estrella a su cielo soberano,  
de favorable guía y influencia.

Mas ya está en su cenit, y el pueblo ufano  
en vela de un pastor, que sin exceso  
merece serlo del sitio romano.

El otro tribunal, que en igual peso,  
sin excepción de dignidad ni Estado

a religión cristiana tiene en peso,

es de la fe un alcázar artillado,  
terror de herejes, inviolable muro,  
de atalayas divinas rodeado:

una espía, a quid no hay secreto oscuro,  
que tiene ojos de Dios, y el delincuente  
aun en el ataúd no está seguro.

Oficio santo, en todo preeminente,  
desnudo de pasión y amor humano,  
consistorio de limpia y noble gente.

Y de la catedral el cortesano  
cabildo ilustre, que en virtud y ciencia  
al mundo excede y gana por la mano,

Peno de graves letras y eminencia,  
de insignes borlas, varias facultades  
de gran valor, gran peso y suficiencia.

No ha visto el tiempo en todas sus edades  
iglesia tan servida de doctores,  
ni de mayor tesoro de verdades.

Desde el menor oficio a los mayores  
todo es sombra de borlas y de grados,  
en ciencia iguales, varias en colores.

Con un modelo de ánimos honrados,  
deán suyo, juez de la Cruzada,  
de tribunal y casos reservados.

Y aunque entra su grandeza aquí abreviada  
es éste su lugar; y éste, señora,  
desta insigne ciudad, mal dibujada,  
el gran gobierno que la rige ahora.

## CAPITULO VIII

### Argumento

#### *Religión y Estado*

Hay una duda, y no está averiguada:  
de una rosa, un clavel y una azucena,  
de olor suave y vista regalada,

¿cuál es la parte más preciosa y llena  
de regalo?, ¿el olor o la hermosura?,  
¿a cuál de los sentidos es más buena?

A la vista entretiene su pintura;  
el olor por el alma se reparte:  
éste deleita, aquélla da frescura;

mas bien mirada es toda de tal arte,  
que no hay olor sin parte de belleza,  
ni beldad que en su olor no tenga parte.

¿Quién me dirá desta real grandeza  
cuál vale más, la gracia en su gobierno,  
o el olor de virtud en su nobleza?

Aquél es desta flor el lustre tierno,  
que la hace más hermosa, y con divino  
olor sube su fama al cielo eterno;

y toda ella un injerto peregrino  
de bienes y grandezas admirables,  
famosa cada cual por su camino;

su gran gobierno y leyes saludables,  
la virtud que resulta dél y dellas,  
en música y acentos agradables.

Del sol parecen hijas las estrellas,  
y aunque lo son en luz, hacen su adorno  
en el mundo por sí claras y bellas.

Si el día nos hurta el estrellado torno,  
por un sol que nos lleva nos envía  
mil hermosas centeilas en retorno.

Así del gran concierto y policía  
desta insigne ciudad nace el tesoro  
de la heroica virtud que encierra y cría.

Las varias religiones, que al decoro

de su flor son olores soberanos,  
y pedrería a sus engastes de oro,

pobladas de gigantes más que humanos  
en letras, santidad, ejemplo, vida,  
doctrina, perfección, pechos cristianos.

De la española antorcha que encendida  
alumbra el mundo y reformó la tierra,  
también del tronco de Guzmán nacida,

el clarín santo, a cuyo son de guerra  
tiembla el infierno, el suelo goza y mira  
más luces que el octavo cielo encierra.

Su templo, casa y su riqueza admira,  
y el pulpito que dio a su regla el nombre  
y a soplos, letras y virtud inspira;

y a la que de humildad puso renombre  
el Serafín, en quien está el retrato  
del nudo celestial de Dios hecho hombre;

con los que de su misma regla y trato  
siguen descalzos de virtud la senda,  
y al mundo dan de pie ventero ingrato.

Del famoso agustino la gran prenda,  
en santidad y letras rico erario,  
del libre mundo concertada rienda;

la compañía y santo relicario  
del nombre de Jesús, su gran concierto  
de profesos, colegio y seminario,

adonde al cielo vivo, al mundo muerto,  
está el único fruto que pariste  
de tu sangre y virtud precioso injerto;

ángel en todo, porque en todo fuiste  
su madre, y alma y cuerpo le criaste  
con la doctrina y leche que le diste.

La estrecha regla, donde en fino engaste  
resplandece la gloria del Carmelo,  
sin que el brocado entre el sayal se gaste;

del pío mercedario el santo celo  
en rescatar, conforme a su instituto,  
los cuerpos y las almas para el cielo;

y del monje antiquísimo de luto  
que en el monte Casino por su mano  
rompió de Apolo el simulacro bruto;

de la fría Nursia alumno soberano,  
hasta en el nombre singular bendito,  
nueva grandeza al suelo mexicano.

Al fin, con varia ceremonia y rito  
de aquestos mares nace la corriente  
de los bienes que abraza su distrito.

Sin otro tierno número de gente  
que de azucenas castas y jazmines  
ciñen y adornan la escondida frente;

jerarquías de humanos serafines,  
que en celestial clausura y vidas santas  
buscan a Dios con soberanos fines.

La Limpia Concepción, cuyas gargantas  
suenan a cielo, y en aqueste fueron  
de sus vergeles las primeras plantas.

Regina y su gran templo, en quien nacieron  
riqueza y santidad con una cara,  
y al nombre entera propiedad le dieron.

La gran clausura de la virgen Clara,  
que encierra una ciudad dentro en sus muros,  
y un cielo en su virtud y humildad rara.

Las Recogidas, que los mal seguros  
pasos del mundo vuelven y encaminan  
a Dios con limpias almas y ojos puros.

Un colegio en que ensayan y doctrinan  
las tiernas niñas al amor del cielo,  
y a Dios desde la cuna las inclinan;

y el monasterio Real que el rey del suelo,

al que el reino le dio, labra y dedica  
en feudo y parias de su santo celo;

templo famoso, casa ilustre y rica,  
con los nombres divinos, que son nata  
de cuanto el cielo y tierra califica.

De la gloriosa Mónica la grata  
clausura y voluntario encerramiento,  
que es el fin solo de que allí se trata.

Del divino Jerónimo el asiento,  
sobre tu sangre ilustre asegurado,  
famoso parto de un heroico intento,

adonde al noble fin de tu cuidado,  
si el tiempo nos trajere al bien de verte,  
un dichoso remate está guardado.

Comienza pues, señora, a disponerte,  
que por aquesta puerta quiere el cielo  
que entres al premio de tu mucha suerte;

aquí te espera un religioso velo,  
a cuya sombra dormirá tu vida,  
y adorará tu nombre y fama el suelo.

Deste instituto y profesión de vida,  
San Lorenzo el Real fundó la suya,  
de igual grandeza y humildad nacida;

la Encarnación su templo y casa,  
a cuya santidad corresponde su pobreza,  
sin que un extremo al otro disminuya.

De la Virgen de Sena la realeza  
a que la van sus frailes levantando,  
con la humildad midiendo su grandeza;

y las tiernas Descalzas, que pisando  
las espinas del mundo no se espinan,  
que amor en flores se las va trocando.

Las que en el nombre y penitencia  
atinan a imitar del Bautista la aspereza,  
donde cual oro en el crisol se afinan.

Y las de Santa Inés, cuya riqueza  
muestra en su fundación el valor grande  
de quien pudo salir con tal grandeza;

obra famosa, que por más que le ande  
el tiempo en torno siempre tendrá vida,  
sin que en su duración la suya mande.

Si la obra de su autor es la medida,  
ésta bien muestra ser de caballero  
en nombre, en pecho, en sangre, esclarecida.

Este pues es, señora, el verdadero tesoro,  
que entre redes y cancelos de tierra,  
en ésta hace un cielo entero.

De aquestos amenísimos vergeles,  
llenos de rosas, alhelies, jacintos,  
jazmines, azucenas y claveles,

de soberano olor humos distintos  
llenan el cielo, y en su suelo hacen  
mil bellos celestiales laberintos.

De aquí las perfecciones tuyas nacen;  
aquesta es su riqueza, éstas las flores  
que en ella un paraíso contrahacen.

Dejo otros oratorios inferiores  
de ermitas, estaciones, romerías,  
santuarios, de divinos resplandores;

colegios, hospitales, cofradías,  
que no caben en número ni cuenta,  
ni yo la podría dar en muchos días.

Sus fundaciones, dotación y renta,  
¿de qué guarismo compondrá la suma  
por más letras y ceros que consienta?

¿Y de qué cisne la delgada pluma  
el valor contará de sus patronos,  
indigno de que el tiempo le consuma?

Sus ánimos, grandezas y blasones,

que piden por padrón un mundo entero,  
¿cómo se estrecharán en tres renglones?

Hazañas dignas del caudal de Hornero  
en el mío mal pueden ajustarse,  
sin mucho agravio de su noble fuero;

y así es forzoso que haya de quedarse  
en amago y rasguño el mismo hecho,  
que pide bronce eterno en que tallarse,

hasta que otro caudal, no tan estrecho,  
trocando en libertad este recato,  
deje cuanto yo agravio, satisfecho.

Pues la gran devoción, el aparato  
de una Semana Santa, ¿quién podría  
darlo pintado en natural retrato?

En todo es grande México, y sería  
o envidia o ignorancia defraudalle  
la majestad con que se aumenta y cría.

Pero en esta excelencia el mundo calle,  
que en ceremonias deste tiempo santo  
nueva Roma parece en trato y talle.

Indulgencias tantas; en su tanto,  
limosnas, estaciones, obras pías,  
al mundo dichas, causarán espanto;

procesiones de varias cofradías,  
adonde he yo contado en sola una  
más pasos que en un año entero días.

¡Oh gloria del teatro de fortuna,  
en quien se representa un mar de bienes,  
en medio del cristal de una laguna!

Al fin, si a tus intentos no detienes  
la libre rienda, y con fingido paso  
el suyo a tu venida le entretienes,

en esta gran ciudad, luz del ocaso,  
verás, señora, cuanto aquí te digo  
y lo más que sobró a tan chico vaso.

Llena de flores de un verano amigo  
te desea dar en sus grandezas parte;  
y siendo en ellas tú parte y testigo,  
nada le faltará si no es gozarte.

sin los pinceles, gurbias y aparejos  
de Apeles y Calicrates, que hacían  
casi invisibles miisucios y artejos,

y las líneas por medio dividían  
y en cuerpo a las hormigas cercenaban  
lo que de perfección les añadían;

si con tales pinceles no se graban,  
o con destreza igual no se cobra,  
será milagro hallar la que buscaban.

## EPÍLOGO Y CAPÍTULO ÚLTIMO

### *Argumento*

De cosas grandes los retratos bellos,  
si se ha de ver la proporción y el aire  
de su famoso original en ellos,

y en breve espacio con igual donaire  
pintar un Ixión y un Ticio fiero,  
éste hiriendo La tierra, el otro el aire;

ora escorzando láminas de acero  
el precioso buril suba el relieve,  
o el pincel haga su artificio entero;

de cualquier modo el que a encerrar se atreve  
en un pequeño cuadro grandes lejos,  
y un gran coloso en un zafiro breve

¿Quién me hiciera un Mirmicidas, señora,  
que a sombra de una mosca y de sus alas  
entalló un carro, que aún se mueve ahora?

Porque excediendo en su dibujo a Palas,  
desta última grandeza de la tierra

cifrar pudiera la riqueza y galas.

Pero si es todo un mundo lo que encierra,  
y yo no sé hacer mundos abreviados  
como el que está del Cáucaso en la sierra,

¿quién alborota en mí nuevos cuidados  
para cifrar lo que cifré primero,  
pues todo es cifra y versos limitados?

Mas porque el gusto suele ser ligero,  
y en cuentos largos la atención se estraga,  
y aun cansa si es prolijo un lisonjero;

porque el serlo yo en esto no me haga  
daño en el nombre, a este gran sujeto  
en mi opinión la suya la deshaga,

quiero, sin artificios de respeto,  
desnudo de afición, traer a suma  
lo que sin ella ya salió imperfecto;

porque nadie engañándose presume  
que si en el cuadro hay algo de excelente  
son gallardías y altivez de pluma:

es México en los mundos de occidente  
una imperial ciudad de gran distrito,  
sitio, concurso y poblazón de gente.

Rodeada en cristalino circuito  
de dos lagunas, puesta encima dellas,  
con deleites de un número infinito;

huertas, jardines, recreaciones bellas,  
salidas de placer y de holgura  
por tierra y agua a cuanto nace en ellas.

En veintiún grados de boreal altura,  
sobre un delgado suelo y planta viva,  
calles y casas llenas de hermosura;

donde hay alguna en ellas tan altiva,  
que importa de alquiler más que un condado,  
pues da de treinta mil pesos arriba.

Tiene otras calles de cristal helado,  
por donde la pasea su laguna,  
y la tributa de cuanto hay criado.

Es toda un feliz parto de fortuna,  
y sus armas una águila engrifada  
sobre las anchas hojas de una tuna;

de tesoros y plata tan preñada,  
que una flota de España, otra de China  
de sus sobras cada año va cargada.

¿Qué gran Cairo o ciudad tan peregrina,  
qué reino hay en el mundo tan potente,  
qué provincia tan rica se imagina,

que baste a tributar continuamente  
tantos millones, como desta sola  
han gozado los reinos del poniente?

Es centro y corazón desta gran bola,  
playa donde más alta sube y crece  
de sus deleites la soberbia ola.

Cuanto en un vario gusto se apetece  
y al regalo, sustento y golosina  
julio sazona y el abril florece,

a su abundante plaza se encamina;  
y allí el antojo al pensamiento halla  
más que la gula a demandarle atina.

Solo aquí el envidioso gime y calla,  
porque es fuerza ver fiestas y alegría  
por más que huya y tema el encontralla.

Es ciudad de notable policía  
y donde se habla el español lenguaje  
más puro y con mayor cortesanía,

vestido de un bellissimo ropaje  
que le da propiedad, gracia, agudeza,  
en casto, limpio, liso y grave traje.

Su gente ilustre, llena de nobleza,  
en trato afable, dulce y cortesana,

de un ánimo sin sombra de escaseza.

Es toda una riquísima aduana;  
sus plazas una hermosa alcaicería  
de sedas, joyas, perlas, oro y grana,

adonde entrar en número podía,  
si le tuviera, la menuda junta  
de tiendas que le nacen cada día.

Al fin, si en un sujeto igual se junta  
Mercurio y Febo, granjería y ciencia,  
aquí hacen obra y admirable punta.

No tiene Milán, Luca ni Florencia,  
ni las otras dos ricas señorías  
donde el ser mercader es excelencia,

mas géneros de nobles mercancías,  
más prácticos y ricos mercaderes  
más tratos, más ganancia y granjerías.

Ni en Grecia Atenas más bachilleres  
que aquí hay insignes borlas de doctores,  
de grande ciencia y graves pareceres;

sin otras facultades inferiores,  
de todas las siete artes liberales  
heroicos y eminentes profesores.

Sus nobles ciudadanos principales,  
de ánimo ilustre, en sangre generosos,  
raros en seso, en hechos liberales,

de sutiles ingenios amorosos,  
criados en hidalgo y dulce trato,  
afable estilo y términos honrosos;

damas de la beldad misma retrato,  
afables, cortesanas y discretas,  
de grave honestidad, punto y recato;

bellos caballos, briosos, de perfectas  
castas, color, señales y hechuras,  
pechos fogosos, manos inquietas;

con jaeces, penachos, bordaduras,  
y gallardos j metes de ambas sillas,  
diestros y de hermosísimas posturas.

Junte Italia ciudades, Flandes villas,  
Francia castillos, Grecia poblazones,  
y en ellas otras tantas maravillas;

oficiales de varias profesiones  
cuantos el mundo vio y ha conocido  
la experiencia maestra de invenciones;

dejo los ordinarios en olvido,  
que aunque en primores salen de ordinarios,  
lo precioso en lo raro es conocido;

joyeros, milaneses, lapidarios,  
relojeros, naiperos, bordadores,  
vidrieros, batihojas, herbolarios;

farsantes, arquitectos, escultores,  
armeros, fundidores, polvoristas,  
libreros, estampistas, impresores,

monederos, sutiles alquimistas,  
ensayadores, y otros que se ensayan  
a ser de un nuevo mundo coronistas;

raros poetas, que en el cielo rayan  
tras el dios de la luz vivos concetos,  
que todo lo penetran y atalayan,

tantos, que a no agraviar tantos discretos,  
volaran hoy aquí otras tantas plumas,  
como pinceles señalé perfetos;

tan diestros, tan valientes, que aunque en sumas  
y epílogos, si cabe, he de decillo,  
a honor del dios que tuvo templo en Cumas,

que el grave Homero, el claro y el sencillo  
Virgilio, que escribió prosa medida,  
tan fácil de entender como de oíllo,

aunque de estrella y suerte más cumplida,  
no fueron de más rica y dulce vena,

ni de invención más fértil y florida.

Está, al fin, esta ilustre ciudad llena  
de todas las grandezas y primores,  
que el mundo sabe y el deleite ordena,

amparada del cielo y sus favores,  
a sólo Marte y su alboroto extraña,  
en paz (si no son guerra los amores).

América sus minas desentraña,  
y su plata y tesoros desentierra,  
para darle los que ella a nuestra España.

Con que goza la nata de la tierra,  
de Europa, Libia y Asia, por San Lúcar,  
y por Manila cuanto el chino encierra.

Pues ¿quién dará la cantidad de azúcar  
que en una golosina que se bebe  
gasta el más pobre cual si fuera un Fúcar?

¿Quién a dar suma y número se atreve  
a las tabernas que hay de esta bebida?  
¿Qué esponja alcanza a lo que aquí se embebe?

Pues tras los pasatiempos de la vida,  
¿quién torció el paso aquí que le faltase  
en mil varios placeres acogida?

Pida el antojo, el apetito tase  
figuras a su modo y pretensiones,  
con que el pecho se entibie, o se le abrase;

convites, recreación, conversaciones  
con gente grave, o con humilde gente,  
de limpias o manchadas condiciones;

que en todo esta gran corte es eminente:  
en juego, en veras, en virtud, en vicio,  
en vida regalada o penitente.

En toda facultad, todo ejercicio,  
acomoda los medios a los fines,  
o ya contrario al bien, o ya propicio.

Llega el verano, brotan los jazmines;  
el deseo, fiestas, huertas y frescuras,  
florestas, arboledas y jardines;

baños, cuevas, boscajes, espesuras,  
saraos, visitas, mascararas, paseos,  
cazas, músicas, bailes y holguras,

como si fuera un mayo de deseos,  
y a vueltas florecieran del verano,  
aquí se gozan todos sus empleos.

Y aunque es en esto grande y soberano,  
y en todo lo es aqueste pueblo ilustre,  
de estilo, gente y trato cortesano,

en lo que excede aun a su mismo lustre,  
y en que al resto del mundo se adelanta,  
sin temor de que nadie le deslustre,

es alcanzar un número que espanta  
de heroicos personajes, que al gobierno  
velan y asisten de su nueva planta;

y con un proceder suave y tierno  
reducen a concierto y policía  
lo que fuera sin él con fuso inferno;

un gran virrey y real chancillería,  
la silla arzobispal, el santo oficio,  
cabildo ilustre, grave clerecía;

la caja real, pilar deste edificio,  
casa de fundición y de moneda,  
de su riqueza innumerable indicio;

el rico consulado, la gran rueda  
de ancianos y prudentes regidores,  
a quien la de fortuna se está queda;

corregidor, alcaldes, provisosores,  
y otras innumerables dependencias  
de alternados ministros inferiores.

¿Quién goza juntas tantas excelencias,  
tantos tesoros, tantas hermosuras,

y en tantos grados tantas eminencias?

Pues de virtud las sendas más seguras,  
¿quién las querrá que a todas ocasiones  
no encuentre sus retratos y figuras

entre tantas sagradas religiones,  
estrellas que hermocean este cielo  
con rayos de divinas perfecciones?

Donde tiene hoy su religioso celo  
cuarenta y dos conventos levantados,  
y ochocientas y más monjas de velo;

una universidad, tres señalados  
colegios, y en diversas facultades  
más de ochenta doctores graduados;

y para reparar calamidades  
diez ricos hospitales ordinarios  
a todo menester y enfermedades;

sin reducir a cuentas ni sumarios  
a infinidad de iglesias, colaciones,  
ermitas, cofradías, santuarios;

oratorios, visitas, estaciones,  
y las más con sagrario y Sacramento,  
indulgencias, gracias y perdones,

tantos, que sobre el número de ciento  
copiosamente igualan, si no exceden,  
como en curiosidad al pensamiento.

Si tantas gallardías juntas pueden  
entrar en cuenta con el tiempo y fama,  
y es justo que su vuelo y voz hereden,

este inmortal pregón, en quien la llama  
del siglo tragador no hará mella  
si algún rigor de estrella no la inflama,

les quede por columna, y fijo en ella,  
el blasón que mudó el gran Carlos Quinto  
en su hercúlea arrogancia y primer huella;

y el cielo en nuevo ser, claro y distinto,  
las represente al mundo una por una,  
con mayor lustre y luz que yo las pinto.

Y admírese el teatro de fortuna,  
pues no ha cien años que miraba en esto  
chozas humildes, lamas y laguna;

y sin quedar terrón antiguo enhiesto,  
de su primer cimiento renovada  
esta grandeza y maravilla ha puesto.

¡Oh España valerosa, coronada  
por monarca del viejo y nuevo mundo,  
de aquél temida, déste tributada!

Aunque a tu heroico brazo sin segundo  
para reseña este rasguño basta,  
si no es todo afición donde me fundo,

no es éste el bien mayor en que se gasta  
la gloria de tu nombre, aunque éste solo  
podía ser un clarín de inmortal casta;

pues desde que amanece el rubio Apolo  
en su carro de fuego, a cuya llama  
huye el frío dragón revuelto al polo,

al mismo paso que su luz derrama,  
halla un mundo sembrado de blasones,  
bordados todos de española fama.

Mira en los orientales escuadrones  
de la India, el Malabar, Japón y China  
tremolar victoriosos tus pendones;

y que el agua espumosa y cristalina  
del Indo y Ganges tus caballos beben,  
y el monte Imabo a tu altivez se inclina.

Mira los muros, que a escalar se atreven,  
porque tu rito santo en sillas de oro  
sobre sus ya vencidos hombros lleven;

y a tu espada, en las selvas de Tidoro  
de flores de canela coronada,

arrodillado ante su cruz el moro.

La región etiópica ahumada,  
y allí haciendo cosechas de su gente  
con los hollines de Faetón tiznada.

Pues si a las espadafias del poniente  
vuelve su luz, y al sordo mar inmenso,  
con ella en un cristal resplandeciente,

con nueva estimación mira suspenso  
cruzar las flotas en que aquestos mundos  
te envían cada año su tributo y censo;

y de sus playas en los más profundos  
senos lucir los nácares preciosos,  
que de perlas te dan partos fecundos.

Mas cuando ya llegó a los espaciosos  
reinos, que a tu obediencia y fe trajeron  
tus católicos hijos belicosos,

y en sus atrevimientos descubrieron  
que era bastante a sujetar su espada  
más mundo que otros entender supieron;

aquí tiene por breve la jornada,  
por corto el tiempo, por estrecho el día,  
para ver tantas cosas de pasada.

Mas ¿quién será, invencible patria mía,  
en mil años, mil siglos, mil edades  
bastante a ver lo que de ti podría?

¿En qué guarismo hallará unidades  
al rigor, los trabajos, asperezas,  
calmas, tormentas, hambres, mortandades,

tierras fragosas, riscos y malezas,  
profundos dos, desiertos intratables,  
bárbaras gentes, llenas de fierezas,

que en estos nuevos mundos espantables  
pasaron tus católicas banderas,  
hasta volverlos a su trato afables?

¿Quién hará sus hazañas verdaderas  
en otro tiempo, si en el de boy parecen  
a los ojos asombros o quimeras?

¿Quién no creará que las consejas crecen,  
si oye que en menos tiempo de diez años  
ganó España en las Indias que hoy florecen

dos monarquías a su riesgo y daños,  
y en cien reinos de bárbaros valientes  
dos mil leguas de términos extraños,

abriendo en suelo y climas diferentes  
de doscientas ciudades los cimientos  
que hoy las poseen y gozan nuestras gentes?

Y esto sin más caudal que atrevimientos  
de ánimo belicoso, a cuya espada  
por su interés le dará el cielo alientos,

y así gente sin armas, destrozada,  
que nunca tuvo juntos mil soldados,  
victoriosa salió con tal jornada.

¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados  
los que a tu monarquía han dado priesa,  
y a tu triunfo mil reyes destocados!

Traes al Albis rendido, a Francia presa,  
humilde al Poo, pacífico al Toscano,  
Túnez en freno, África en empresa.

Aquí te huye un príncipe otomano;  
allí rinde su armada a la vislumbre  
de la desnuda espada de tu mano.

Ya das ley a Milán, ya a Flandes lumbre;  
ya el imperio defiendes y eternizas,  
o la iglesia sustentas en su cumbre;

el mundo que gobiernas y autorizas  
te alabe, patria dulce, y a tus playas  
mi humilde cuerpo vuelva, o sus cenizas.

Y pues ya al cetro general te ensayas,  
con que dichosamente el cielo ordena

que en triunfal carro de oro por él vayas,

entre el menudo aljófar que a su arena  
y a tu gusto entresaca ci indio feo,  
y por tributo del tus flotas llena,

de mi pobre caudal el corto empleo  
recibe en este amago, do presente  
conozcas tu grandeza, o mi deseo  
de celebrarla al mundo eternamente.

FIN